

Sobre la Revista de Aragón (1878-1880)



En la vida intelectual de la Zaragoza del siglo XIX no sobran, ni mucho menos, los hitos hemerográficos de cierta altura. De los años románticos apenas toca algún mérito modesto a la revista *La Aurora* (1839-1841) que tuvo oportunidad de estudiar en otro lugar¹; los años más reposados y pacatos de la alta Restauración, digestión tranquila y rebajamiento de los fuegos de septiembre de 1868, tienen su imagen y su mejor representación en esta REVISTA DE ARAGÓN que fue *Semanario de Ciencias, Literatura y Artes*, luego de *Ciencias, Letras, Artes e Intereses Generales* y, al final de su breve vida, quincenario con el rótulo de *Ciencias, Letras y Artes*. Dio a la luz pública su primer número el domingo 6 de octubre de 1878 y a lo largo de aquel año editó 13 entregas; 51 se publicaron en el siguiente y 10 entre el 15 de enero y el 30 de mayo de 1880, cuando pasó a quincenario, impresas casi todas en la Imprenta del Hospicio zaragozano, institución benéfica de la Diputación Provincial. Una efímera última etapa se inició en junio de 1880 con un número doble: llegó hasta el número 11 correspondiente al 10 de diciembre de 1880 y se imprimió en Madrid, aunque la redacción seguía en Zaragoza, calle de Torres-Secas, 5, que era el domicilio de su director, Baldomero Mediano. Era éste funcionario de la Diputación zaragozana y director de su *Boletín Oficial* y fue alma de la publicación, aunque en el número 13 (29 de diciembre de 1878) pasó sus funciones a Marino de Cavia, quien habría de ser uno de los mayores periodistas españoles del siglo siguiente²; en el número 37 del segundo año (21 de septiembre de 1879) figuran como directores-fundadores nuestro conocido Baldomero Mediano y el novelista José María Matheu³ y en el quincenario de 1880, por último, aparece una *Redacción* constituida por Baldomero Mediano, José María Matheu, Mariano de Cavia y Valentín Marín Carbonell⁴.

El mundo de la Restauración y el cansancio de la historia

La REVISTA DE ARAGÓN fue, como denota su propio aspecto físico y la exigüidad de sus ocho páginas (tupidamente impresas a dos columnas, eso sí), un empeño voluntarioso y provinciano, aquejado de permanentes problemas de tesorería (que reflejan, sin ir más lejos, los patéticos y repetidos anuncios solicitando el pago de las suscripciones de 28 reales anuales o el ingenuo aviso de que es la revista más barata de España). Pero ¿qué no era alicorto y provinciano en la España de la Restauración canovista? De su pragmatismo y de sus esperanzas, más que de sus desazones, estuvo hecha nuestra publicación.

Vio la luz el año en que se firmaba en los campos de Cuba la paz de Zanjón (10 de febrero de 1878) y no había cumplido su aniversario –7 de marzo de 1879– cuando presencié la sustitución de Cánovas del Castillo en la presidencia del Gobierno por el general del pronunciamiento de Sagunto, Arsenio Martínez Campos, al cabo de tres años y pico de omnímodo poder conservador. Pero aquel relevo fue fugaz porque en diciembre retornaba Cánovas al poder, aunque su estrella comenzara a declinar y el despechado Martínez Campos no perdiera la ocasión de aliarse con el otrora radical –y ahora más moderado– Práxedes Mateo Sagasta en un frente común contra los liberal-conservadores. El acta de constitución de lo que se llamó partido *fusionista* es del 23 de mayo de 1879, y del mes siguiente son los activos movimientos del asturiano Alejandro Pidal y Mon para conformar un partido católico que colaborara políticamente con la Restauración en la línea preconizada por el pontífice León XIII y el *ralliement* de sus correligionarios franceses. Por su lado, el 2 de mayo de 1879, dieciséis tipógrafos, dos joyeros, un marmolista y cinco profesionales liberales acordaban la fundación del Partido Socialista Obrero Español en una taberna madrileña. El amplio espectro de opiniones burguesas que encarnaban los dos partidos que luego fueron turnantes, los intereses reaccionarios encarnados por la Unión Católica y el creciente malestar obrero tenían ya sus formas de organización preparadas cuando, en los umbrales de 1881, ya no existía nuestra REVISTA DE ARAGÓN: el 8 de febrero de ese año llegó Sagasta al poder y la Restauración comprobó que su perdurabilidad dependía estrechamente de la elasticidad que demostrara y de su capacidad de ser el mal político menor en una sociedad que crecía y se transformaba en ámbitos –la economía, la demografía, la complejidad de su estratificación– a los que podía superponer su estructura caciquil y su habilidad para la componenda. La fecha de 1881 abrió el ciclo restauracionista que supuso la consolidación del invento de Cánovas.

Tal consolidación difícilmente se entendería sin un consenso social edificado sobre el cansancio y la decepción, el pragmatismo y el recelo, que no solamente caracterizan la vida de la Villa y Corte, sino la de las *provincias* que organizó el decreto de 1833. Una mezcla de afán de lucro y de tranquilidad, de osadía hipócrita y gazmoñería cautelosa se dio incluso en aquellos lugares –y Zaragoza era ejemplo preclaro– de ejecutoria liberal y hasta radical en los tres cuartos de siglo precedentes. La referencia capital de aquel pasado próximo era, para los zaragozanos, el aniversario del 5 de marzo de 1838, día en que la ciudad y sus milicianos nacionales

se habían defendido con éxito de una expedición carlista que franqueó sus muros. Pero la *cincomarzada* de 1879 –a tenor de lo que cuenta Mariano de Cavia en *La quincena aragonesa* del número 8-9 (9 de marzo de 1879)– era ya muy otra cosa:

¿Hay quien crea que su triste recuerdo despierta el dolor en el ánimo de los zaragozanos y les convida a patrióticos pensamientos y serena meditación? Presto disipará creencias semejantes el calor de las mil fogatas que en sotos y alamedas, torres y alquerías, monte y llanura, encienden los hijos de la siempre heroica ciudad, dando al olvido tristes memorias y al estómago gratas realidades.

Como alguna vez se ha observado, el afianzamiento de la devoción por la Virgen del Pilar y la ratificación de su vínculo con la gesta de la *francesada* denotan un clima de autocomplacencia localista y de neutralización política de los hechos históricos que resulta sumamente revelador⁵. No es solamente la retórica al uso sino la intención conciliadora y el propósito de edificar un mito inofensivo, lo que dicta al editorialista de REVISTA DE ARAGÓN frases como las que siguen en el pórtico del número 2 (13 de octubre de 1878):

Por la Virgen del Pilar ha sido el pueblo de Zaragoza pueblo de mártires y de héroes; por la Virgen del Pilar ha sido el pueblo aragonés fortísimo e invencible defensor de la Religión y de la Patria, los dos grandes ideales humanos; por la Virgen del Pilar han sentido en su espíritu los hijos de esta hermosa tierra el fuego purísimo de la Poesía y del Arte, destellos de la divina inteligencia; por la Virgen del Pilar entona el pueblo sus cantares, sus salmodias el sacerdote y sus himnos el poeta.

Esa historia pasada deja de ser un factor de movilización ideológica partidaria y pasa a ser el friso teatral y grandilocuente que ilustra la pintura de historia de los Francisco Pradilla y los Marcelino de Unceta (no parece casual que los éxitos del primero, pensionado en Roma, se recojan en la revista que su cuadro *Juana la Loca* sea ensalzado en sendos poemas de Mariano de Cavia y de Marcos Zapata). Esa historia es un diorama inmóvil y afectadamente solemne en la que conviven los héroes populares de los Sitios y el aristócrata Palafox, el justicia inmolado Juan de Lanuza y los cortesanos y prudentísimos hermanos Leonardo de Argensola, Alfonso I el Batallador y Ramiro II el Monje. Importan ya poco los hechos revolucionarios de 1869 (en una Zaragoza de masiva votación republicana) y se vierte piadoso pero culpable olvido sobre el motín de federales zaragozanos el 4 de enero de 1874, un día después de la irrupción del general Pavía en el Congreso. Ni siquiera el batallón y acrisolado *esparterismo* de la capital es otra cosa que un recuerdo lejano cuando en 1879 muere el héroe de Luchana y Duque de la Victoria. El número 1 (II, 12 de enero de 1879) recoge la noticia en la *Crónica semanal* de *Saldubio* y aunque tributa su reconocimiento a *quien algunos llamaron Washington español y otros Cincinato moderno* y recuerda aquella copla popular durante el bienio progresista (*Venid, Duque, a Zaragoza / y seréis rey de Aragón...*), también consigna, significativamente, un cansancio histórico de grandezas y *voluntades nacionales* que nunca se acabaron de cumplir:

Muchos años han de pasar, mucha agua ha de correr bajo el puente de Piedra –como aquí se dice–, antes de que se renueven aquellas escenas de arrebatado entusiasmo en esta patria tan gastada por las emociones y tan abatida por los desengaños políticos.

No ha de extrañar que el general Espartero pase a ser, de objeto de rendido culto político, a banal pretexto de la charada del número 17 (II, 4 de mayo de 1879)

que reza así: *Prima y segunda un jurista [BAL-DO] / Tercera y cuarta, un pescado [ME-RO] / Mi todo es nombre famoso / De un general muy bizarro*. O que, en el mismo número, Federico de Madariaga narre *Una visita al general Espartero* en términos cuya ingenuidad vale por todo un tratado de psicología histórica y por una ratificación de las intuiciones de Karl Marx a propósito de la dimensión populista del viejo ayacucho:

El nombre de Espartero va unido a los primeros recuerdos de mi niñez. ¡Cuántas veces en las largas noches de invierno lo oí como nota alta en las conversaciones que al calor del fuego sostenían mi padre y sus hermanos –militares todos– produciendo ellas en mi espíritu confusas y gigantescas imágenes del héroe!

Pero el mito no resiste una decrepitud que es la suya y la de cuanto representaba. Y el candoroso oficialillo que fue a verle durante un permiso de la reciente guerra carlista ha de confesar compungido:

¡Oh, qué triste cosa es ver la gloria con gorro de dormir y dolores reumáticos!

La Zaragoza que para entonces contaba era ya otra y la REVISTA DE ARAGÓN (y muy particularmente sus *Crónicas* iniciales) dan su testimonio de ella. Era la ciudad que en los últimos veinte años se había convertido en importante nudo ferroviario y en un panorama urbano que, consciente de su nueva significación, desbordaba ya los límites históricos de sus *tapias* y, más allá de la Puerta del Carmen, de la de Santa Engracia y de la nueva del Duque, calculaba sus futuras expansiones hacia el sur. En 1861 habían llegado a los límites urbanos las líneas férreas que la enlazaban a Lérida y a Tudela. El 1 de octubre de 1864 se completaba la comunicación ferroviaria con Madrid y en 1879 la propia REVISTA DE ARAGÓN saludaba con alborozo la llegada del tren a La Puebla de Híjar, ferrocarril carbonero que, con el tiempo, sería la línea de los *directos* a Barcelona, por Caspe y Reus. A tales realidades, correspondió una concepción urbanística más ambiciosa y representativa que tuvo sus manifestaciones en la progresiva construcción de edificios en torno al Salón de Santa Engracia (hoy paseo de la Independencia) y, entre 1866 y 1868, en la apertura de la calle de Alfonso I que comunicaba la basílica del Pilar y la tradicional calle del Coso. En el dédalo de callejuelas que rodeaban la nueva vía y la vieja de San Gil, tenían su domicilio el centenar largo de médicos y abogados que censaba al GUÍA-ANUARIO DE ZARAGOZA PARA EL AÑO BISIESTO DE 1880, así como la mayoría de los anunciantes de nuestra REVISTA DE ARAGÓN: imprentas, papelerías, relojerías, fabricantes de sólidas camas de hierro o casas de comidas. Ellos eran los más numerosos entre los contribuyente de una ciudad a la que el citado ANUARIO da una población total de 75.257 habitantes. Los censos correspondientes la presentan casi desprovista de una clase obrera industrial, pero todavía con cifras muy altas de vecinos que declaran su condición de labradores y hortelanos. Menos, sin embargo, que los criados, mozos de almacén y de oficina y servidores de toda condición que ocupan desmesurado lugar en las listas por ocupaciones. Un par de casinos, el de Zaragoza, asentado desde 1843 en el señorial Palacio de Sástago, y el Centro Mercantil, Industrial y Agrícola, fundado en 1858, acoge dos burguesías distintas –el patriciado rentista más tradicional y la clase acomodada más emprendedora, respectivamente–, pero cada vez más identificadas por sus intereses reales, por mucho que las enfrentara la superficial pasión de la política.

El clima cultural: pragmatismo y discusión

La vida intelectual de la España de 1878-1880 era compañera del pancismo, pero también de la inquietud del momento histórico, tan hijo de los fermentos renovadores de 1868 –y así la vio Leopoldo Alas en un artículo memorable–, cuanto hijo de los reflujos de 1875. Son los años en que se ha dictaminado el fin del romanticismo y en los que se debate la legitimidad del naturalismo (en 1879 Manuel de la Revilla publica *Del naturalismo en el arte*), aunque su reflejo en la REVISTA DE ARAGÓN se limite a una tonta polémica (con intervención de su autor) a propósito de la moralidad de la obra de Rodríguez Solís, *LAS EXTRAVIADAS. CUADROS DEL NATURAL*. Son también los años del apogeo del krausismo y entre los colaboradores de REVISTA DE ARAGÓN figura José Manuel Piernas y Hurtado, catedrático de la Universidad zaragozana, fundador del Ateneo y paladín de Sanz del Río⁶, como fueron los momentos aurorales del positivismo hispano y los del primer darwinismo o los de la resonante polémica de la ciencia española. Fueron tiempos que afirmaron la importancia de la prensa como vehículo de las ideas y de las revistas culturales como cristalizaciones de la importancia creciente de las ideologías y a ese fervor se suma nuestra revista, hermana menor de las tres mayores publicaciones del momento: la REVISTA DE ESPAÑA que inició en 1868 José Luis Albareda (quien fue en 1881 ministro de Fomento en el gabinete Sagasta); la REVISTA EUROPEA que, desde 1874, introdujo tantas novedades entre los hábitos intelectuales españoles, y la REVISTA CONTEMPORÁNEA, de 1875, que orientaron José del Perojo y Manuel de la Revilla en las inmediaciones del krausismo, primero, y del positivismo, después. Como se ha señalado en diversas ocasiones, aquellas revistas acogieron con cómplice entusiasmo el nacimiento de la gran novela española, legítima secuela –como había dicho Clarín– de la revolución y del libre examen. Si la REVISTA DE ESPAÑA publicó en sus páginas nada menos que la PEPITA JIMÉNEZ de Juan Valera, la DOÑA PERFECTA de Galdós y LAS ILUSIONES DEL DOCTOR FAUSTINO del citado Valera, la REVISTA EUROPEA enriqueció sus páginas con EL ESCÁNDALO, de Pedro Antonio de Alarcón, y la REVISTA CONTEMPORÁNEA serió en las suyas DOÑA LUZ, de Juan Valera. Crítica de las ideas y novela de la vida contemporánea son las dos grandes aportaciones del nuevo período literario; de su hermandad, y no solamente tipográfica, ha escrito Raquel Asún:

Con esa presencia [de la novela en las revistas] se indica hasta qué punto el novelista está inserto en el proceso de dar forma a las búsquedas de la conciencia justo en el momento en que esa conciencia necesita razones filosóficas, jurídicas, políticas, religiosas mediante las que dominar la historia y hacerla avanzar. Que la novela ocupe tan destacado lugar, orienta, además, sobre cómo el periodismo registró, a la par que la creación, la reflexión o la crítica que esta motivara logrando que ambas pasaran a formar parte de un diálogo cuyo mejor resultado es, sin duda, haber acertado a instalar al arte –a la novela y al novelista en este caso– en la compleja experiencia del vivir⁷.

También a la REVISTA DE ARAGÓN alcanzó algún eco de ese fecundo diálogo. La *Crónica madrileña* de José María Matheu elogió alguna vez los EPISODIOS NACIONALES galdosianos y consignó (II, 13, 6 de abril de 1879) como hecho destacadísimo la publicación de LA FAMILIA DE LEÓN ROCH: *A mi pobre juicio* –escribía el narrador aragonés– *nuestros únicos novelistas son Fernán-Caballero, Alarcón, Valera y Pérez*

Galdós. Y previniendo las reservas del público, advertía con notable agudeza a propósito de este último: *A nadie, sin embargo, puede alarmar su lectura porque tiene el gran talento de hacer recaer la responsabilidad sobre las ideas, y nunca sobre los personajes que obrando de buena fe, aparecen como son en la realidad, dignos y elevados.* Lo que REVISTA DE ARAGÓN publica a título de novela resulta, sin embargo, mucho menos revelador del nuevo talante: apenas cabe exceptuar alguna colaboración del propio Matheu, porque el único relato extenso, *Siete días en Annam*, de Baldomero Mediano (cuya primera parte aparece seriada entre II, 6, 16 de febrero de 1879 y II, 15, 20 de abril de 1879), es, al margen de su exiguo valor entitativo, una novela de viajes exóticos. Y en cuanto a lo traducido, hallamos una versión de Alfred de Musset (LA AUDACIA), otra de Willkie Collins (LA MECHA) y, como máxima novedad, la de LA LEYENDA DE SAN JULIÁN EL HOSPITALARIO, primero de los TROIS CONTES de Gustave Flaubert. Testimonios todos ellos de la perduración de una literatura de raíz romántica en años que las simplificaciones cronológicas quieren *realistas*: pero la literatura es un *continuum* y cualquiera que observe sin prejuicios la realidad sabrá que precisamente ese *realismo* impregnado de sentido, catapultado hacia lo vital, fue una conquista, y quizá la más significativa, del espíritu romántico. Como observó con mucho tino Raquel Asún:

Analizar la pervivencia de tantos elementos de raigambre romántica justo en el momento en que se da por supuesto que la novela inspirada en la realidad es la expresión por excelencia del momento, contribuiría a explicar mejor el complejo entramado desde el que surge, y cómo, progresivamente va dominando recursos –el perfeccionamiento del diálogo, el dominio del lenguaje intimista, la minuciosa vitalización de los tipos– que los novelistas tuvieron que conquistar rescatándolos de los géneros nombrados para incorporarlos al lenguaje de la novela⁸.

Fuera exagerado aplicar tal cosa a la modestísima REVISTA DE ARAGÓN de cuya lectura no surgió ningún novelista de fuste, salvo que se tenga por tanto al buen Matheu. Antes bien, la señalada convivencia con el talante romántico se produjo, en nuestro caso, con los frutos más pobres y engolados de los decenios 1850-1870 que encierran, como es bien sabido, los peores años del XIX literario español. Puede ser revelador de esa preferencia que la inauguración del zaragozano Teatro Pignatelli (que recoge el primer número de la revista) se haga con la compañía de Ricardo Calvo y con la reposición de CONSUELO, el drama de Adelardo López de Ayala, al que sigue una comedia de Enrique Gaspar y un arreglo de EL VERGONZOSO EN PALACIO, de Tirso: la complacencia reseñista es sintomática. Y la estima de aquel teatro envejecido se confirma en el revuelo ante la presentación zaragozana de EL NUDO GORDIANO, de Eugenio Sellés (*pura y simplemente, una obra maestra*, dictamina Cavia en la *Crónica semanal* del número 11, 15 de diciembre de 1878) o con ocasión del fallecimiento de Ayala, aquel a quien el cáustico Valle-Inclán del RUEDO IBÉRICO llamó *gallo polainudo*: la *Miscelánea* de III, 1, 15 de enero de 1880, recoge el óbito y el número del 30 de enero le consagra, por la pluma fecundísima de Valentín Marín Carbonell, unas interminables décimas que celebran:

*¡Un muerto que vivirá
Mientras viva la nación
Donde hoy anuncia el cañón
Que aún quedan astros brillantes
En la patria de Cervantes
Y cuna de Calderón...!*

De Núñez de Arce, aquel a quien sus contemporáneos llamaron *el poeta de la duda*, se reproduce (III, 4, 29 de febrero de 1880) el conocido poema al monasterio de Piedra que empieza *Venga el ateo y fije sus mirada*, quizá porque esa poesía de la duda era un conjuro para deshacerla. Con no menor fervor, Juan Pedro Barcelona recoge en una *Crónica semanal* (II, 6, 18 de febrero de 1879) que en *el teatro de la calle del Coso* (el Principal de Zaragoza) se ha ofrecido una lectura poética cuyos platos fuertes han sido *La última lamentación de Lord Byron* de don Gaspar y *El compromiso de Caspe* del vate local Marcos Zapata, lo que le sirve para hacer votos por que el espectáculo se repita. A cambio, Bécquer –cuya obra se publicó en 1873, póstuma– solamente tiene una presencia nominal en la reseña de una sesión del Ateneo zaragozano (I, 8, 5 de noviembre de 1878) donde Fernando Alisal, socio de la institución, leyó un *Juicio crítico de las obras de Bécquer*. La presencia indirecta del sevillano resulta, sin embargo, mucho más patente en unas *Rimas* que Baldomero Mediano incluye en II, 36, 17 de septiembre de 1879, y que casi están próximas al plagio descarado, mientras que el relato de Ángel R. Chaves, *El sacristán de Villasombría* (III, 9, 15 de mayo de 1880) refleja en no menor grado la huella de las LEYENDAS. Que soplaban tiempos de renovación para la poesía española se hace evidente en dos contribuciones de Mariano de Cavia que quizá sean lo mejor de cuanto en este género ofrece la REVISTA DE ARAGÓN: los versos *Con la copa en la mano* (3, julio de 1880) evocan los mundos y sensaciones del Falerno, el Chipre, el Rhin, la Manzanilla y el Champagne en un tono que enlaza la suntuosidad romántica zorriillesca con una sensibilidad para el matiz que parece preludiar el mundo modernista (Ricardo Gil, Manuel Reina o el primer Salvador Rueda podrían haberlos firmado); los *Cantares* del número 5, 25 de julio de 1880, inspirados en pensamientos del INTERMEZZO de Heine, recogen, a cambio, la huella fecunda y dispersa de una poética que, sobre molde popular, esboza una cierta hondura íntima y, por ende, caminan por la senda abierta por Bécquer, Ferrán y Rosalía⁹.

En todo caso, queda patente la estimativa vacilante y un tantico anacrónica de la publicación zaragozana. Su amplísimo repertorio de *colaboradores* (que más que tal cosa parece una lista de adhesiones de buena voluntad) incluyó en más de una oportunidad nombres de relumbrón que destacan mucho de la nómina de plumíferos locales o de zaragozanos ejercientes en Madrid. En lo que tal práctica pueda tener de significativo, conviene destacar las *incorporaciones* de Manuel de la Revilla, de José Ortega Munilla, de Leopoldo Alas y de Emilio Castelar. El primero no escribió nada para REVISTA DE ARAGÓN, al contrario de los tres siguientes: pero ni los *Cuatro paisajes* (III, 4, 29 de febrero de 1880), de Ortega Munilla, ni los dos fragmentos de la novela *Fra Filippo Lippi* (1-2, junio de 1880, y 8, 25 de octubre de 1880), de Emilio Castelar, ni el vulgarísimo poema *Hombre al agua. Al Sr. D. Pedro A. Alarcón* (5, 15 de marzo de 1880), de Clarín, tienen mayor fuste que el habitual en la colaboración casera. Más importa que la REVISTA DE ARAGÓN acoja con Leopoldo Alas *un nombre ilustre que tiene inmensa resonancia en el mundo de las letras, que llega hasta ciertos vates y escritores como mensaje de exterminio, como oleada de muerte*¹⁰ y que vea en Emilio Castelar a la *honra y gloria de la tribuna española, orador insigne y literato elegantísimo*. Pero tampoco estos encomios significan una profesión de fe progresista, a despecho de la filiación de los autores citados, porque

la misma revista brindaba hueco entre sus *colaboradores* a Manuel Polo y Peyrolón, conquense, autor de estampas y novelas ambientadas en la serranía de Albarracín (que Cavia reseñó con mucho entusiasmo) y adalid del carlismo levantino más contumaz. El caso del catalanista Víctor Balaguer y el del foralista vasco Vicente de Arana entrañan, en el marco de esa vocación extrarregional, un componente de afinidades y significaciones muy distinto y, como tal, lo trataré más adelante.

Las debilidades del siglo XIX

Fue la REVISTA DE ARAGÓN una empresa cuyo extenso plantel de colaboradores no oculta, sin embargo, su endeblez fundamental: tras ella no hay, en efecto, ni una conciencia de grupo activo y seguro de sí, ni una institución sólida, ni siquiera una expectativa pública cuantiosa que estimulara la coherencia y el rigor que la redacción no encontraba en sí misma. No existe grupo homogéneo porque no llegan a serlo esa nómina de meritorios de periodista, funcionarios provincianos, docentes universitarios, abogados y hasta estudiantes que redactan la revista y que suscriben los vaguísimos y bienintencionados propósitos que se estampan al frente de cada una de las tres etapas de la publicación. No hay vigor institucional tras ella porque difícilmente podía aportarlo una universidad anémica, la benevolencia de una Diputación Provincial o un Ateneo de azarosa historia. No había público que sustentara con holgura esta empresa, igual que no lo hubo para dar continuidad a la coetánea Biblioteca de Escritores Aragoneses que, pese al patrocinio oficial, languideció hasta más allá del fin de siglo¹¹ o como no lo hubo para tener en pie la renacentista Casa de Zaporta o la mudéjar esbeltez de la Torre Nueva.

Tampoco en eso Zaragoza y su REVISTA DE ARAGÓN fueron distintas del resto de la España de la Restauración. Es una etapa donde la carencia de institucionalización intelectual se sustituye por la vacuidad de tertulias, ateneos, academias, gremios profesionales, que sustentan una cultura retórica, de signo fundamentalmente oral y de escaso aprecio por la reflexión. Las agrupaciones que promueven este intercambio de frases campanudas o de versos huecos son terrenos aluvionales heterogéneos y por eso destaca tanto entre ellos la cerrada complicidad y el elevado talante que promueve el krausismo; de ahí también que la vocación de aquellos discípulos de Sanz del Río les lleve a proyectarse sobre aquellos terrenos más descuidados en la España decimonónica: la fundamentación moral de la revolución liberal-burguesa, la organización de una vida universitaria digna de tal nombre, la elaboración de una conciencia nacionalista lúcida y exigente, la reflexión sobre las relaciones de lo privado y lo público.

Queda dicho, sin embargo, que –con la excepción de José Manuel Piernas y Hurtado– nada de krausismo hubo en la REVISTA DE ARAGÓN. En ese orden de cosas, si una trayectoria cívica puede ser emblema de la publicación ésta sería la de Jerónimo Borao, el catedrático y escritor zaragozano cuya muerte lamenta en el número 8, 21 de noviembre de 1878, y cuya efigie –única ilustración fuera de texto en toda la existencia de la revista– comparece al frente del número 11. Entre los nú-

meros 10, 8 de diciembre de 1878, y II, 6, 16 de febrero de 1879, Cosme Blasco publica una larga y laudatoria *Biografía del erudito e insigne literato zaragozano don Jerónimo Borao* y en el 11, 15 de diciembre de 1878, la *Crónica semanal* de Mariano de Cavia describe la emotiva velada de recuerdo en el Teatro Principal: allí se representó el drama ALFONSO EL BATALLADOR, original del extinto, y leyeron poemas María Borao, Pilar de Cavia, Julio Monreal, Manuel Zabala, Juan Pedro Barcelona y Valentín Marín Carbonell. Es de suponer que no mejores que la *A la memoria del Señor Don Jerónimo Borao (Justicia póstuma)*, de José María Matheu, que recogen las páginas finales de esa misma entrega. Todavía un año después, los estros se movilizan nuevamente: el número 35, 7 de septiembre de 1879, imprime unas décimas de Valentín Marín Carbonell *A la muerte del excelso aragonés Don Jerónimo Borao y Clemente*; en el número 46, 23 de noviembre de 1879, Pilar de Cavia ofrece una florida composición a su memoria y en el siguiente, de 30 de noviembre, Antonio Sánchez Moguel, catedrático recién llegado a la universidad, firma un *Elogio* no menos rimbombante. Y es que Borao encarnaba la dimensión localista de cuanto admiraban aquellos hombres: la profesión de fe romántica que nunca desmintieron sus versos y sus dramas; la coherencia política de quien fue ferviente esparterista (y, como tal, cronista de los hechos zaragozanos de 1854) y, tras 1868, un *amadeísta* convencido; la condición de universitario que le llevó a un largo –y, en cierto modo, fecundo– rectorado de la Universidad de Zaragoza; la vastedad y variedad de una obra escrita donde la erudición peregrina y la temática aragonesa predominan sobre la hondura del calado y las exigencias de la especialización. Dejó así un tratado sobre ajedrez y una monografía no desdeñable sobre Jerónimo de Urrea y su novela de caballerías *Don Clarisel de las Flores*, un epítome de aritmética y un diccionario de voces aragonesas, una preceptiva literaria y sendas historias de la imprenta y de la universidad de su ciudad, además de breves biografías de personajes aragoneses como el memorialista de los Sitios Faustino Casamayor, el dieciochesco Ramón de Pignatelli y el bibliógrafo Félix Latassa¹².

Tales eran las hipotecas decimonónicas de la REVISTA DE ARAGÓN y quizá quien mejor las represente en su redacción activa sea Faustino Sancho y Gil, abogado en ejercicio, hombre del Ateneo y orador cuyas dotes para la *enumeratio* interminable, la similitud pertinaz y los latiguillos del apóstrofe podrá apreciar a su sabor el lector de esta publicación. Aquel Narciso del río de su propia elocuencia había sido en Madrid pasante del presidente republicano Estanislao Figueras y ponente en el Ateneo de la capital sobre temas tan explosivos como el socialismo o los derechos de los hijos sacrílegos. Y, establecido en Zaragoza desde 1878, se consagró como el mayor orador de su tiempo y, al lado de Desiderio de la Escosura, como bastión del republicanismo de Ruiz Zorrilla¹³. Gentes como Sancho y Gil no conocieron fisuras en su coherencia y encarnan lo que de atractivo y, a la par, de irritante tuvo el siglo XIX que ya iba de vencida cuando surgió la REVISTA DE ARAGÓN. No hallo en toda la publicación mejor stampa de su encanto que aquella que evoca Faustino Sancho y Gil en el pórtico de su biografía de Espronceda (trabajado de cierto interés que viene seriado entre II, 4, 2 de febrero de 1879, y la entrega 13, del 6 de abril del mismo año). Allí se conmueve aquel corazón habitado por todos los trapos al recordar *las figuras clásicas, los semi-dioses, que presidieron la entrada del siglo decimonono: el*

César de Ajaccio, el caudillo de las Pirámides y de Marengo, el vencedor de Europa, el ilustre encarcelado que espantó a la tierra aun en los días en que las alas sujetaban el cerrojo de su prisión y era el Atlántico su carcelero [...]; Byron, el nobilísimo poeta, que desprendióse de las nieblas árticas, bajó al Mediodía, contempló la ruina gigante del Coliseo y recogió en su fantasía, iris de inspiraciones helénicas y mudéjares sobre las torres atenienses y al pie de los laureles sevillanos [...]; el espiritual e íntimo Beethoven, dios de la melodía psicológica, solitario triste y sordo, cuya alma descende a un tiempo de Aristóteles y de Buonarrotti, hombre de estudio y de pensamiento, y naturaleza artística sin duda la más privilegiada de nuestra era.

¿Cómo no relacionar esa catarata de admiraciones con la peculiar percepción de sí mismo que tuvo el siglo que inventó los museos, las exposiciones universales, los panteones de hombres ilustres y el coleccionismo? Allí estaban, fijos como inmóviles estatuas, grandiosos como partes de un decorado, los titanes de la imaginación romántica con la que se autoconmovía el orador zaragozano y seguramente su encandilado público. Y entre la galería de genios, nuestro Espronceda, con *su nerviosa lira de ébano, primer poeta que se embriagó con el opio del alma*:

¿Verdad que cuando deseáis conocer la raíz de vuestras ideas, el corazón del cual parten las arterias y venas de nuestro ser, buscáis las calenturientas páginas del pindárico extremeño? [...] ¿Verdad que Espronceda pertenece a la raza de los que resumen una era, o condensan una civilización, o recogen, revelan, difunden, embelleciéndolas, ideas impalpables, difusas, espaciadas en la conciencia... y que no puede morir, mientras la humanidad necesite en sus odiseas de esos pilotos por Dios instruidos que se llaman genios?

Porque la obsesión de aquel siglo tan seguro de sí mismo fue la inseguridad, la desazón y la inquietud que erosionaban el aplomo de sus conquistas. Aquella pasión por la duda y aquellas declamaciones al borde de un abismo de cartón tuvieron, sin embargo, algo de sincero. En malos pero significativos versos convocó Valentín Marín y Carbonell los fantasmas que son inseparables del orgullo de su camarada Sancho y Gil; su soneto *El siglo XIX* viene en el número 4, 25 de julio de 1880, y reza así:

*Tú deslumbras, en mágico ardimiento,
cual resplandor de inextinguible hoguera,
y hasta pretendes desgarrar la esfera
y volar más allá del firmamento.
Tú has convertido, con grandioso aliento,
en realidades lo que fue quimera,
y la palabra, al caminar ligera,
sus alas ha robado al pensamiento.
Eres titán de alientos colosales,
por quien el orbe se trasforma y muda
al rodar los antiguos ideales;
eres la gloria en la pelea ruda,
el siglo de las llamas inmortales;
¡pero también el siglo de la duda...!*

Pero la más completa –y, en el fondo, involuntaria– imagen de la centuria la proporciona un trabajo de Eduardo de Cortázar que puede pasar inadvertido en el número 3, de julio de 1880, de la última etapa de la REVISTA DE ARAGÓN. *Una visita artística* describe el estudio de un pintor madrileño cuyo nombre no se menciona

y lo hace con el claro propósito de mostrar un refinado ejemplo de las conquistas estéticas del momento: lo que se define, al cabo, como *nuevas emociones, nuevos contrastes para el artista del corazón*. Y que resultan estar presididos por el genio maléfico de la acumulación y la heterogeneidad, no menos que por el del énfasis y el sentimentalismo:

Véase allí, [escribe el buen Cortázar] *junto al pequeño lienzo en que aparece el mar tranquilo o las olas embravecidas, un boceto que representa a Mefistófeles y a Margarita; al lado de un caballero con gregüesco y ropilla, cabalgando en su castaño corcel, una batalla entre nuestro ejército y los tercios catalanes contra las tropas marroquíes; aquí son los valientes zuavos franceses los que pelean con los aguerridos prusianos, y más allá vemos un efecto de luz al sol, y luego otro de luna, y después un bodegón: este es el retrato de uno de los concurrentes al estudio [...], el conocido parador de los Huevos aquí, y más allá un caballero del hábito de Alcántara: una cabeza de perro inmediata a la de un venado, otra de caballo, y luego un gallo. Esta copia es de un cuadro de Diego Velázquez, y aquella de otro del Greco. Aquí Venus, y más allá su adorador Baco: una sacra familia, y después un oficial de nuestro ejército [...].*

Tras esta apretada galería de todos los temas de la pintura *pompier* (con los toques exóticos, los tributos clasicistas y académicos y hasta la fanfarria nacionalista de los *asuntos* coloniales), no puede faltar la evocación de la música en un siglo que tanto se pagó de ella. Y así hay en el estudio un piano de Pleyel donde todavía resuenan *frases de La sonámbula o de L'africana, un tiempo de la Sinfonía pastoral o la jota de El molinero de Subiza* (es decir: la hermosa ópera de Bellini a vueltas con la avulgarada de Meyerbeer y la inspiración de Beethoven con los sonos de la zarzuela de Oudrid, que me temo confunde Cortázar con EL POSTILLÓN DE LA RIOJA). Ni faltan naturalmente los objetos *del gusto del anticuario* o las armas blancas, tan imprescindibles para quienes tributaban veneración a las reglas del Marqués de Cabriñana: *Espadas de cazoleta y floretes; y aquel puñal y aquella daga, y las carretas, y un peto aquí y una espaldar acullá, y arma blanca y arma de fuego*. Y para rematarlo todo,

Reconociéndose allí el mérito donde quiera que se halle, y rindiendo culto a la celebridad adquirida por cualquiera de las formas que el ingenio o el saber, el sentimiento artístico o la elocuencia oratoria facilitan el conquistar alto renombre y fama, varios pequeños bustos representando a Cervantes y a Beethoven, a Murillo y a Cicerón, Hipócrates, Shakespeare, Ariosto, Voltaire, Colón, Thalberg, Miguel Ángel, Moratín y Petrarca, tenían y tienen natural colocación en aquella estancia.

Un bodegón de huecas escayolas puede ser, en efecto, el mejor resumen de todo un concepto de la vida y la cultura... Conviene leer la REVISTA DE ARAGÓN con esta prevención, pero considerando a la vez que en esa fragilidad mal disimulada reside su fascinación.

Ferrocarriles, federalismo, derecho foral y versos

El aspecto más llamativo de REVISTA DE ARAGÓN resulta ser, sin embargo, la profesión de fe aragonesista, templada mezcla de la conciencia de un pasado histórico y de la voluntad colectiva de un futuro mejor que se habría de edificar sobre un presente no demasiado halagüeño. En ese orden de cosas, la publicación de 1878 ocupa un destacado lugar en la secuencia regionalista que arranca de la segunda mitad del siglo XVIII, elabora sus referencias prestigiosas en la época romántica (a la vez que la atención a lo *pintoresco*, a lo *costumbrista*, siembra las futuras cosechas de un folclorismo elemental y caurro) y se prepara a desplegarse al calor del regeneracionismo finisecular. Y es entonces, en la frontera del nuevo siglo, cuando los tres elementos apuntados se desarrollan plenamente: por un lado, la obsesión regeneradora por incrementar la producción; por otro, la definitiva entronización del pasado histórico como patrimonio y culto colectivos; por último, la caracterización de la idiosincrasia regional en los términos del *baturrismo*. Algo de esto último comparece ya en la revista —así en las colaboraciones de Agustín Peiró y Sevil, que luego firmaría *Antón Pitaco*—, aunque todavía dominen ampliamente los ingredientes anteriores. Las declaraciones de propósitos de la publicación son, pese a la vaguedad inherente a este género, muy explícitas al respecto; baste leer en la primera entrega este pórtico enderezado *A nuestros lectores*:

Contribuir con nuestro óbolo a la regeneración artístico-literaria que en nuestro país se inicia, y a la defensa de toda idea generosa y de cualquier útil innovación, proporcionando un medio más de lucir sus facultades a ingenios ya probados o a una entusiasta juventud, tales son, en resumen, nuestros propósitos. En este terreno hemos pedido y continuaremos pidiendo el apoyo de la inteligente mayoría que ha visto con profunda pena y noble sentimiento, la indiferencia y abandono que han ido unidos, hasta hoy, a toda tentativa aragonesa.

También hemos de hacer presente que el esfuerzo individual o de algunos pocos, por muy poderoso que sea, no edificará nada sólido ni durable, mientras no se vea secundado por la opinión pública, por esa mayoría selecta de que hablamos, y por aquellos que son en el país la representación de sus fuerzas vivas y sociales.

No ha de extrañar el tono quejumbroso de apelación a un público fiel y apasionado, como la afirmación de una *entusiasta juventud*, porque tales extremos son casi obligados allá donde un grupo quiere definirse como tal y allá donde sus proyectos postulan una tarea de renovación social no meramente cultural. Pese a la heterogeneidad de sus ingredientes y lo nebuloso de su ideal social, aquellos zaragozanos de 1878 se veían como representantes de un momento histórico trascendental y como coetáneos de una gloriosa constelación de nombres regionales en torno a la cual podía fundamentarse una *regeneración artístico-literaria*. La *Crónica semanal* del número 7, 17 de noviembre de 1878, lo manifiesta paladinamente al recordar el éxito que Marcos Zapata acaba de obtener en Madrid con la representación de LA CAPILLA DE LANUZA y LA CORONA DE HIERRO:

Ayer era el pintor Pradilla [...]; hoy son Marcos Zapata y Eusebio Blasco [...]. A riesgo de que a desvanecido orgullo se atribuya lo que sólo de legítimo sentimiento patriótico es efecto, he de citar aún los nombres de nuestro respetable Néstor literario Sr. Borao, juez inapelable en asuntos de crítica y buen gusto y escritor elegantísimo; de Monreal, poeta culto e ingenioso que recuerda la irreprochable forma de nuestros clásicos; de los Sres. Villar, Ximénez de Embún, y demás entusiastas hombres de ciencia a quien se debe la organización de la

Biblioteca de Escritores Aragoneses; de las señoras Acuña y Sinués, insigne poetisa la primera y popular novelista la segunda, y de los Sres. Araus, Nougués, Valentín Gómez, Calavia, Solsona y tantos otros que en la candente arena política sustentan doctrinas y defienden ideales antágonos¹⁴.

Importa poco que el valor de los CUADROS VIEJOS de Julio Monreal no sea mucho, como tampoco lo es el de los ORÍGENES DEL REINO DE ARAGÓN, de Tomás Ximénez de Embún, y el de las novelas para señoritas de María del Pilar Sinués, y como ya no nos asombra que el diputado carlista Valentín Gómez comparta los elogios con el liberalísimo Borao. Lo que preside tales afirmaciones es la convicción de vivir un momento idóneo para promover los intereses regionales y la creación de una conciencia aragonesista, que, en lo fundamental, empiezan por tener un tono de vindicación cultural e historicista. El género más decimonónico que adoptó tal propósito fue la galería de hombres ilustres y, en tal sentido, la REVISTA DE ARAGÓN fue fiel continuadora de la revista romántica LA AURORA que tuvo la suya, y de la serie *Glorias de Aragón* que publicó EL Saldubense entre 1857 y 1862. Fue Mariano de Cavia quien acometió las *Biografías aragonesas* de nuestra publicación, pero solamente publicó tres entregas de lo que parecía ser sección fija: la correspondiente al exiliado fernandino Joaquín Escriche, la referida al economista Alejandro Oliván y otra sobre Juan Pablo Bonet. La revista y quizá el propio redactor apetecían sin duda empeños más altos y continuados y ya en el número 5, 3 de noviembre de 1878, el mismo Cavia inicia una serie de *Músicos aragoneses* que comprende varias entregas (hasta el número 9) y que es una aceptable crónica de cuanto los Robledo, Nassarre, Gaspar Sanz, Pablo Bruna, Españolito, Rodríguez Ledesma o el contemporáneo Domingo Olleta ofrendaron a Euterpe. Más adelante, Francisco Zapater ofreció otra serie semejante (que empieza el II, 37, 21 de septiembre de 1879) con el título *Apuntes histórico-biográficos acerca de la escuela aragonesa de pintura*, tampoco desdeñable. Y por líneas parecidas de erudición cuidadosa y dignidad expositiva anduvieron Joaquín María de Moner –en sus múltiples aportaciones a la historia de su Ribagorza natal–, el archivero Toribio del Campillo y el historiador Julio Monreal –que transcribieron textos inéditos de los Argensola¹⁵–, el rector Borao que incluyó una amena serie sobre *Cervantes y Zaragoza* (a partir del tercer número de la revista), el jurista Victorio Pina sobre las noticias históricas de los Justicias aragoneses, etcétera.

El menos que mediano gusto artístico que manifiestan estos entusiastas de la pintura de historia y de los yesos pseudoclásicos no empece que algunos colaboradores se sumen, con buenas razones y ponderado juicio, a la campaña de defensa de monumentos zaragozanos siempre amenazados por la esperanza de lucros y por la ignorancia pública. En ese orden de cosas, Mariano de Cavia supo valorar los méritos artísticos de la basílica del Pilar (la capilla de Ventura Rodríguez, el retablo de Damián Forment, la cúpula *Regina Martyrum* decorada por Goya) pese a reconocer que el templo es *manantial escaso de grandes impresiones (entiéndase que hablo siempre en sentido puramente artístico)* (II, 26, 7 de julio de 1879 y siguiente de 14 de julio). El mejor conocedor de las antigüedades de Zaragoza, Mario de Lasala, habló a su vez de dos malheridos monumentos locales: la Torre Nueva (números 1 a 3, octubre de 1878) y el castillo de la Aljafería (II, 10 al 12, marzo de 1879). La antigua residencia de los reyezuelos de la taifa aragonesa había sido cárcel de la

Inquisición y ahora era cuartel, destino que ha tenido hasta fecha bien reciente. La esbelta e inclinada torre exenta cayó, víctima de la piqueta de un concejo ignaro y del egoísmo de algunos comerciantes de sus aledaños, en el año 1893 pero en 1879 fue privado de su airoso chapitel, tras estar bajo expediente de ruina desde 1857. No le faltaba razón ni se dejaba llevar por la retórica Lasala cuando escribía:

¿Qué sentimiento artístico, qué autoridad crítica puede reconocerse a los que, mirando el obelisco de la plaza de San Felipe como cosa baladí, le niegan el mérito y la importancia que acaso conceden a cualquiera de esas pretenciosas construcciones del ensanche madrileño que bautizan con el pomposo nombre de hoteles [...]? ¿Y qué mucho que pierdan la claridad del juicio los que ignoran que el estilo mudéjar que tanto se desvelan en estudiar hoy los extranjeros, es propio, castizo y exclusivo en España [...]?

Aquel insistente tono cultural fue reprochado a la revista por una carta de Martín Villar, catedrático de la Universidad y en aquella sazón presidente de la Diputación Provincial, que se reprodujo en el número 8, de 24 de noviembre de 1878. Animaba Villar a los redactores a que incluyeran más artículos científicos y a que abordaran los temas económicos o institucionales más urgentes para que la revista fuera cabal portavoz de intereses más amplios. No le faltaba razón al impugnador sobre todo si recordamos su queja al leer más adelante trabajos que tienen el lamentable aspecto de ser ejercicios escolares de composición o temas que a distancia trascienden su condición de memorias de opositor: quien vea un trabajo de Eduardo Sanz Escartín titulado *Analogías y diferencias artísticas fundamentales entre el teatro greco-latino y el teatro español* (42, 26 de octubre de 1879) no necesitará leer la nota que nos previene que tal texto se leyó en el concurso para el Premio Extraordinario de la Facultad de Letras, como el lector de la *Memoria sobre las fuentes de conocimiento en geografía e historia universal* de Baldomero Mediano (45, 16 de noviembre de 1879) reconocerá, sin que nadie se lo advierta, el mefítico ambiente de la oposición a la vieja usanza en el tono campanudo y la nimiedad de lo que se viene a decir. Pero huelga advertir que la presencia *científica* en las páginas de la REVISTA DE ARAGÓN no dio mejores frutos. Catedrático universitario era Pablo Ordás y es quien en el año III, número 3, 15 de febrero de 1880, diserta sobre la *imposibilidad de la navegación aérea* en términos que no le acreditan de profeta, ni siquiera de físico mediano: la hélice, viene a decirnos el sesudo profesor, no serviría como elemento de propulsión dada la escasa consistencia del fluido en que se apoya y, por razones parecidas, rechaza futuros aerostatos con ruedas de paletas, al modo de los barcos fluviales, todo ello al margen de que ni siquiera concibe el vuelo de objetos de mayor densidad que el propio aire.

La llamada de Martín Villar a mezclar *la literatura con la ciencia de los adelantos y de las prodigiosas transformaciones* era, en rigor, un requerimiento para ocuparse de *nuestros industriales, comerciantes y agricultores*, como reza la letra pequeña de su escrito. No es casual, por eso mismo, que el reproche más concreto que se le ocurre trate de la escasa importancia que la REVISTA DE ARAGÓN ha dado a la espinosa cuestión del ferrocarril internacional de Zaragoza a Canfranc, vieja historia regional desde el enternecedor manifiesto de 1853 (LOS ARAGONESES A LA NACIÓN ESPAÑOLA. CONSIDERACIONES SOBRE LAS VENTAJAS DEL FERRO-CARRIL DEL NORTE) hasta 1928, fecha en la que el dictador Primo de Rivera inauguró la hermosa estación internacional de Los

Arañones¹⁶. Lo cierto es que ya en el número 3 de la publicación Mediano había insertado una gacetilla sobre los esfuerzos zaragozanos en torno a esa vía férrea, pero el acicate de Villar provoca una serie de tres artículos del mismo Baldomero Mediano entre los números 10 y 12, diciembre de 1878. Razón tenía Mariano de Cavia cuando, en el número 6, agosto de 1880, proclamaba la estrecha unión de aquella reivindicación y la conciencia regional aragonesa, aun sin saber que la lozanía de la imbricación duraría más de un siglo:

De tal suerte se han unido en acordado concierto las aspiraciones, los deseos, las manifestaciones de todo Aragón en demanda de la pronta realización de esa vía férrea del Pirineo Central, que no parece sino que estamos asistiendo al renacimiento de la patria aragonesa. Parece que reviven y de nuevo se encienden en nosotros aquellos afectos e ideas que a tan altas empresas y a empeños tan arriesgados movieron el ánimo de nuestros mayores. Las divisiones políticas, las rencillas políticas, la apatía que suele apoderarse de todo pueblo olvidado, sucumben hoy ante el enérgico despertar de Aragón.

Un reciente dictamen del ramo de Guerra sobre la improcedencia militar de la apertura de una comunicación internacional en Canfranc inspiraba aquellas líneas y había auspiciado en los días anteriores una tumultuosa reunión (2 de agosto de 1880) en el salón de sesiones de la Diputación zaragozana *donde la región aragonesa, las provincias, los municipios, los senadores y diputados, el ejército, el clero, la banca, la industria, la prensa, las corporaciones, en fin, de todo linaje provechoso y respetable, tenían su más elevada y digna representación.*

No debe extrañarnos que esa misma *Crónica aragonesa* de Mariano de Cavia lamenta en sus párrafos finales que no haya podido venir a Zaragoza el escritor Víctor Balaguer, pues *en el alma hubiéranos alegrado saludar al inspirado y vehemente cantor de las Barras Rojas, al trovador entusiasta de las viejas glorias del reino de Aragón, al vate catalán que jamás ha pulsado su lira al amor de exclusivismos egoístas, antes por el contrario, ha templado su rica fantasía en el recuerdo de la antigua fraternidad de Aragón, Cataluña y Valencia*¹⁷. Pero, aunque en Zaragoza –como lamenta más abajo– no hay una institución regionalista de la vitalidad de la valenciana *Lo Rat Penat*, la presencia del escritor catalán era ya antigua en las páginas de la revista y, como arriba se apuntaba, muy significativa de un horizonte de inquietudes políticas que nunca se expande del todo pero que resulta muy revelador.

La incorporación de Balaguer al nutrido cuerpo de *colaboradores* de la REVISTA DE ARAGÓN se produjo en el número 25, 29 de junio de 1879, y fue saludada, con términos que hoy podrían parecer equívocos, como la de un ciudadano del *libre país catalán, hermano del aragonés*. Su primera colaboración, empero, no aparece hasta el número 32, 17 de agosto de 1879, aunque desde entonces menudearon en las páginas de la revista los capítulos desgajados de aquellos seis tomos de la HISTORIA POLÍTICA Y LITERARIA DE LOS TROVADORES que publicó entre 1878 y 1879. Su aportación de más envergadura política fue, sin embargo, el discurso de ingreso en la asociación *Lo Rat Penat* que leyó bajo el título *Del renacimiento lemosín* y que vio la luz en el número 6 de la última etapa de REVISTA DE ARAGÓN (25 de agosto de 1880). Todo el texto es una cabalgata de tópicos liberales y catalanistas decimonónicos donde se entremezclan los lamentos por *aquella horrible matanza que se llamó cruzada contra los albigenses*, la hostilidad hacia Felipe II y Felipe V como verdugos de las libertades

públicas de la Corona de Aragón y la idea de vincular en un espíritu progresista el liberalismo político y el catalanismo militante. *Nuestra madre es Roma, nuestra fuente la poesía de los trovadores, nuestra Roma Tolosa, nuestra arte poética el código de leyes de amo de los maestros del Gay-Saber*, escribe Balaguer, quien, al final de su exaltada oración reclama *la esperanza sublime de la patria ibérica, que este es el federalismo*. Y lo explica: *Federalismo del amor, de la unión, de la fraternidad, de la concordia, de la alteza y del engrandecimiento de la patria*.

Es difícil conjeturar el grado de asentimiento y emoción que estos términos suscitaban en redactores y lectores de la REVISTA DE ARAGÓN, aunque conviene no olvidar la relación de Jerónimo Borao y Víctor Balaguer en los años anteriores o el hecho de que escriba en nuestra revista un federalista convencido como Juan Pedro Barcelona, que será autor en 1883 de un curioso PROYECTO DEL PACTO O CONSTITUCIÓN FEDERAL DEL ESTADO ARAGONÉS. Que aquellos sueños de hermandad ibérica, pactos sinalagmáticos, simplificaciones históricas y utopías radicales no eran del todo ajenos a los propósitos de REVISTA DE ARAGÓN lo ratifica una presencia todavía más exótica que la del escritor catalán: me refiero a la del foralista vasco Vicente de Arana, autor de algunas novelas de tono walterscottiano (las más conocidas son DON LOPE DE MURÉLAGA y JAUN ZURÍA, EL CAUDILLO BLANCO), que publicó intensamente en la última etapa de nuestra revista: lo más significativo es una serie de dos artículos sobre el poeta británico Alfred Tennyson y otra de tres sobre *La leyenda de Lelo* (Arana parafrasea allí el célebre apócrifo del que había dado noticia Humboldt, creyéndolo coetáneo de las guerras cántabras contra Roma, que resultó ser luego una falsificación del XVI bastante burda)¹⁸.

Al lado de estas referencias políticas, aparece otra que lo es de modo menos directo: aludo a la defensa e ilustración del derecho foral aragonés que fue cuestión batallona en el país, desde que se comenzó a hablar de un Código Civil unitario que, sin embargo, no se promulgaría hasta 1890. La abundancia de temas jurídicos en la REVISTA DE ARAGÓN no solamente se debe a la profesión mayoritaria de sus redactores sino, sin duda, al cometido de ciencia social por excelencia que el siglo XIX reservó a la práctica del derecho y, en no menor grado, a la consecuente formación de los políticos en ejercicio. El lector de la publicación deberá entender, pues, que la presencia de temas como los derechos de viudedad en las legislaciones castellanas y forales (abordado por Luis Antón Miralles a partir del número 9, 1 de diciembre de 1878), o de los trabajos sobre derecho administrativo de Pablo de León y los de Joaquín Martón referentes a la reforma penitenciaria fueron mucho más que borra erudita. El alcance político de esa pelea institucional por una codificación que respetara el viejo derecho civil regional se hizo patente, por ejemplo, en el discurso de Joaquín Gil Berges (otro republicano y exministro de aquel régimen¹⁹) al frente del libro de Emilio de la Peña RECOPIACIÓN DE FUEROS Y OBSERVANCIAS DE ARAGÓN que se reproduce en destacado lugar de los números 1 y 2, 15 y 30 de enero de 1880: de esas encendidas páginas arranca –como ha hecho notar Jesús Delgado²⁰– la convocatoria del primer congreso de jurisconsultos aragoneses, cuya primera sesión tuvo lugar el 4 de noviembre de ese mismo año, pero cuando ya nuestra revista no podía dar cuenta de sus trabajos.

No todo era, pues, *literatura*, como reprochaba Martín Villar... Pero literatura había en abundancia en sus páginas, como no podía ser menos en un tiempo tocado de sentimentalismo y donde álbumes y abanicos, periódicos y hasta libros mayores de contabilidad fueron soporte de los versos. A los de REVISTA DE ARAGÓN he aludido alguna vez en las páginas precedentes y ha de consignarse aquí que no faltaron en ningún número. Unos pocos son de autores de cierta nombradía y así se ha consignado en el caso de Gaspar Núñez de Arce, al que podemos sumar ahora el de Constantino Llombart (que publica una *Dolora*) y el del patriota cubano Enrique José Varona (que imprime su poema *A la verdad*), ambos en el mismo número 7, 10 de agosto de 1880, si no contamos como *poetas nacionales* por su repercusión a Eusebio Blasco y a Marcos Zapata que son más asiduos. Pero los versos corren fundamentalmente por cuenta de los vates locales: Baldomero Mediano, Pilar de Cavia, Juan Pedro Barcelona, José María Matheu, Germán Salinas (autor, por ejemplo, de un sesquipedálico poema en tres cantos de a doce octavas cada uno titulado *Amor telluris*)... La musa más variada y feliz es la de Mariano de Cavia quien lo mismo pone mano a un *madrigal* de resonancias campoamorinas que a un soneto laudatorio, a unos cantares heineanos que a unos epigramas bufos. La musa más pertinaz es, en cambio, la de Valentín Marín Carbonell, titán de sonetos y de décimas que son sus metros preferidos. Todo lo convierte en verso: *Las glorias de Zaragoza* dan motivo a las interminables décimas del número 5, 15 de marzo de 1880, mientras que los sonetos se le multiplican en abanicos de temas muy reveladores de la índole de su estro (así, el número 17, 4 de mayo de 1879, recoge, por ejemplo, sendas composiciones a *El dos de mayo*, *El Quijote*, *La esperanza* y *La caída de Luzbel*, mientras que los del 45, 23 de noviembre del mismo año, se dedican a *En la tumba de mi padre*, *La estación florida*, *Mis ilusiones*, *Al astro de la noche*, *Al sol*, *La nada y lo infinito*). Versos sobre versos... Nada deja de suscitarlos: las inundaciones murcianas de 1879, que inspiraron también a Núñez de Arce, provocan en la REVISTA DE ARAGÓN otro desbordamiento... de versos, y Cavia, Matheu y Mediano acuden con sus rípios a lamentar la catástrofe.

Ninguno de aquellos rimadores alcanzaría memoria muy duradera. Tampoco la revista que los acogió y cuyo esfuerzo han querido evocar estas páginas; en la modesta historia de la conciencia aragonesista y en la crónica local de una Zaragoza (que, por derecho propio, es capital de Aragón) su importancia es, sin embargo, señera y quienes se interesan por este tema habrán de saludar con alborozo la ocasión de su reproducción.

* * *

En lo que concierne a la colección de la REVISTA DE ARAGÓN que se reproduce aquí, debe advertirse que es la custodiada por la Biblioteca Universitaria de Zaragoza, la más completa de cuantas se ha alcanzado a consultar en bibliotecas públicas zaragozanas y madrileñas (Biblioteca Nacional, Ateneo de Madrid y Hemeroteca Municipal). Ha de tenerse en cuenta que los números de la última etapa (que se inicia en junio de 1880 y tienen formato más reducido) se encuadernaron en un solo tomo sin las respectivas cubiertas, a excepción del primero: las páginas 1-240 recogen la integridad de las seis entregas iniciales (1-2, junio de 1880; 3, 10 de julio de 1880; 4, 25 de julio de 1880; 5, 10 de agosto de 1880; 6, 25 de agosto de 1880; y 7,

10 de septiembre de 1880), mientras que las páginas 41-120 corresponden a los números 8 (págs. 41-80) y 9 (81-120).

En la Biblioteca de la Facultad de Derecho de Zaragoza se encuentran los números 10 (25 de noviembre de 1880) y 11 (10 de diciembre de 1880) que comprenden las páginas 121 a 200. Según consta en la cubierta de estos ejemplares la REVISTA DE ARAGÓN se publica los días 10 y 25 de cada mes. Así el número 9 corresponde al 10 de noviembre de 1880 y el número 8, cuya fecha no figura, corresponderá al 25 de octubre de 1880.

Esta segunda época de la REVISTA DE ARAGÓN consta, pues, de un total de once números distribuidos en diez entregas. Tras el número siete se produce un hiato de cuarenta páginas. No obstante, las sucesivas entregas se presentan como una serie correlativa. El número 11 es el último de la REVISTA DE ARAGÓN a juzgar por lo que consta en la Biblioteca Nacional de Madrid y en la mencionada Biblioteca de Derecho. Parece coherente afirmar que aquí se ofrece una reedición completa de la primera REVISTA DE ARAGÓN cuya publicación debió de cesar el 10 de diciembre de 1880.

Cumple agradecer a la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza y a su directora, Remedios Moralejo, las facilidades de todo orden que han dado para la realización de esta reproducción y para el estudio del ejemplar.

JOSÉ-CARLOS MAINER

-
1. *Del romanticismo en Aragón: LA AURORA (1839-1841)*, en LETRAS ARAGONESAS (SIGLOS XIX Y XX), Zaragoza, 1989, págs. 39-57. Sobre la época, cf. el artículo de José Luis Calvo Carilla, *El romanticismo en Aragón (realidades literarias e idealismos tardíos)*, en ESCRITORES ARAGONESES DE LOS SIGLOS XIX Y XX, Zaragoza, 2001, págs. 41-106, y Manuela Agudo Catalán, *EL ROMANTICISMO EN ARAGÓN (1838-1854)*. LITERATURA, PRENSA Y SOCIEDAD, Universidad de Zaragoza, 2008.
 2. Mariano de Cavia y Lac (Zaragoza, 1855-Madrid, 1920) ingresó en la redacción de EL LIBERAL de Madrid en 1880 cuando lo dirigía el aragonés Mariano Araus y allí hizo famosísima su sección *Casos y cosas*; en 1899 pasó a HERALDO DE MADRID, el diario de los Canalejas, y en 1901 a EL IMPARCIAL (donde acreditó sus *Chácharas*, sus campañas por el uso castizo del idioma y las crónicas taurinas que firmaba como *Sobaquillo*). Al fundarse EL SOL en 1917 y pese a su deteriorado estado de salud, se integró en el nuevo diario y en él trabajó hasta su muerte.
 3. José María Matheu y Aybar (Zaragoza, 1845-Madrid, 1929) vivió en la capital desde 1874 y allí publicó sus primeras novelas extensas, LA ILUSTRE FIGURANTA (1886) y UN RINCÓN DEL PARAÍSO (1887), piezas, como todas las demás que escribió, de un naturalismo fluido, amable y algo desvaído que, sin embargo, mereció conocidos elogios de Azorín y, más recientemente, de Pere Gimferrer (*José María Matheu, un discreto enigma*, en LOS RAROS, Barcelona, 1985, págs. 110-112). Cfr. ahora Pablo-Jesús López Albaiceta, *Aproximación a la vida y obra de José María Matheu*, BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA MENÉNDEZ PELAYO, LXV (1989), págs. 215-269.
 4. Valentín Marín y Carbonell, barcelonés pero criado en Zaragoza, fue sobrino de Víctor Balaguer a quien dedica sus POESÍAS LÍRICAS (Zaragoza, 1881) con prólogo de Baldomero Mediano y Ruiz, libro de 900 páginas que recoge 490 poemas, casi todos sonetos y en buena parte publicados en nuestra revista. El volumen, único del autor que conozco, fue objeto de benevolente rechiffa por parte de Clarín en su folleto LA LITERATURA EN 1881 (según recoge Leonardo Romero Tobar en el trabajo que se cita en nuestra nota 10).
 5. Cfr. el artículo de José María Claver Esteban, *El baturro: radiografía de una metamorfosis (1859-1905)*, ANDALÁN, 403 (1984), págs. 18-21, que es abreviatura de una parte de su ambiciosa memoria de licenciatura TRES ETAPAS DEL ARAGONESISMO A TRAVÉS DE LA LITERATURA REGIONAL (1839-1914), Universidad de Zaragoza, 1983.
 6. Piernas fue el catedrático de Economía Política que antecedió a Clarín en la zaragozana Facultad de Derecho, donde profesó entre 1876 y 1882. Era madrileño y fue uno de los profesores que protestaron contra la histórica decisión de Orovio que sancionó a Giner de los Ríos y a otros colegas. Sobre su figura debe verse el artículo de Eloy Fernández Clemente, *José Manuel Piernas Hurtado, catedrático de economía en Zaragoza. Nulla economia sine ethica*, CUADERNOS ARAGONESES DE ECONOMÍA, 12 (1988), págs. 5-17; sobre otros institucionistas locales, cfr. *Los aragoneses en la Institución Libre de Enseñanza*, en Eloy Fernández Clemente y Carlos Forcadell, ESTUDIOS DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE ARAGÓN, Zaragoza, 1978, págs. 193-205.

7. *Las revistas culturales y la novela: elementos para un estudio del realismo en España*, en Yvan Lissorgues (ed.), REALISMO Y NATURALISMO EN ESPAÑA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX, Barcelona, 1988, pág. 76.
8. *Ibidem*, pág. 76.
9. Sobre la recepción aragonesa de la poesía de esta índole popular versa el libro de María Ángeles Naval, EL SENTIMIENTO APÓCRIFO. UN ESTUDIO DEL CANTAR LITERARIO EN ARAGÓN (1880-1900), Zaragoza, 1990.
10. Leopoldo Alas fue catedrático de Economía Política y Estadística de la Universidad de Zaragoza durante el curso 1882-1883. La huella de sus días zaragozanos y el recuerdo de los trabajos que escribió en la ciudad ha sido minuciosamente censada y ponderada por Leonardo Romero Tobar, *Clarín, catedrático de la Universidad de Zaragoza (el naturalismo y la mano negra)*, en AA. VV., CINCO ESTUDIOS HUMANÍSTICOS PARA LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA EN SU IV CENTENARIO, Zaragoza, 1983, págs. 119-172, donde, por razones obvias de cronología, no se menciona su participación en la REVISTA DE ARAGÓN.
11. La publicación de la Biblioteca de Escritores Aragoneses se decidió por acuerdo de la Diputación Provincial zaragozana en 1871, renovado en 1874, aunque el primer volumen de su serie literaria (las RIMAS de Pedro Liñán de Riaza, al que entonces se tenía por zaragozano) no apareció hasta 1876. Dicha serie publicó después los versos de Fray Jerónimo de San José, el cancionero de Pedro Manuel Ximénez de Urrea, las obras líricas de Juan Francisco López de Plano, la segunda edición del diccionario de voces aragonesas de Borao, las leyendas de José y Alejandro, conservadas en los manuscritos aljamiados que rescató Francisco Guillén y Robles, y la crónica de la conquista de las Malucas de Bartolomé Argensola. Una serie paralela de carácter histórico público, entre otros volúmenes, la CRÓNICA PINATENSE, los PROGRESOS DE LA HISTORIA DE ARAGÓN de Uztárroz y Dormer, los COMENTARIOS de Jerónimo de Blancas, etcétera. Cfr. los datos fundamentales en Juan Domínguez Lasierra, *Las 'Bibliotecas' de Félix Latassa*, TURIA, 2-3 (1985), pág. 164.
12. Para una breve semblanza de Borao y fecha de sus obras principales, cfr. mi artículo correspondiente en la GRAN ENCICLOPEDIA ARAGONESA, II, Zaragoza, 1980, pág. 477.
13. Una curiosa y amena aproximación a la vida y obra de Faustino Sánchez y Gil (que nació en Morés, Zaragoza, en 1850) puede verse en el volumen de Ramón de Lacadena, VIDAS ARAGONESAS, Zaragoza, 1972, págs. 597-617.
14. Como una implícita réplica, el periodista conservador Joaquín Gimeno y Fernández-Vizarra veía, algunos años después, en ese reconocimiento ajeno de los méritos locales el testimonio de una tendencia regional al menoscabo de lo propio: *Zapata, el insigne poeta que sueña con Aragón siempre que su estro le mueve a cantar una gloria, no quiere, sin embargo, pisar Zaragoza; Pradilla, el gran pintor, no debe olvidar que le aclamamos aquí cuando el orbe entero le había aclamado; Julio Monreal, uno de los literatos-modelo contemporáneos, a quien muchos de sus paisanos no conocen ni de nombre, por más que él quiera tanto a esta tierra que venga a vernos siempre que las exigencias de su trabajo lo toleran; Mariano de Cavia que marchó a Madrid cuando aquí muchos no lo juzgaban siquiera [...]; Santiago Ramón a quien hemos llamado sabio, después de que justamente nos habían dicho que lo era y lo es madrileños y valencianos; Marcelino de Unceta, que empieza a parecernos un gran pintor, ahora, cuando no está en Zaragoza ¡¡¡VAMOS MUY DESPACIO!*, Zaragoza, 1887, pág. 7). El mismo libro presenta (págs. 130-135) una visión muy pesimista del Ateneo cuya etapa de consolidación, iniciada en 1878, tuvo tanto que ver con la REVISTA DE ARAGÓN: la entidad había tenido su primer impulso cuando en 1864 hizo imprimir un Reglamento, tras constituirse; retoñó en 1868 y en 1878 adquirió definitiva fuerza *por impulso indirecto que le comunicaron desde el Salón Colorado del Casino Principal Mario de Lasala, José Manuel Piernas y Hurtado y Faustino Sancho y Gil*. Sobre su andadura, cfr. Adolfo Castillo Genzor, EL ATENEO DE ZARAGOZA: 112 AÑOS AL SERVICIO DE LA CULTURA POPULAR, Zaragoza, 1976. Su primer presidente fue Joaquín Gil Berges (1878-1879), al frente de una candidatura de matiz republicano-progresista. Sobre esta institución, cf. ahora la monografía de Francisca Soria Andreu, EL ATENEO DE ZARAGOZA (1864-1908), Zaragoza, 1993.
15. Dichos textos –el fragmento de una epístola de Lupercio en el manuscrito de ESTÍMULO A LA DEVOCIÓN DE LA ANTIGUA ORDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN de Fray Pedro Valero Ximénez de Embún, un par de discursos del mismo en la Academia zaragozana y la sátira de Bartolomé DE CÓMO SE ELIMINARÁN LOS VICIOS DE LA CORTE Y QUE NO ACUDA A ELLA TANTA GENTE INÚTIL– se publicarían en la edición de OBRAS SUELTAS en dos volúmenes, editada en Madrid (1889) por el Conde de la Viñaza, Cipriano Muñoz y Manzano: el culto aragonés a los hermanos Leonardos merecería una monografía detallada.
16. Cfr. el opúsculo de Manuel Gómez de Valenzuela, 1850-1930. OCHENTA AÑOS DE CONSTANCIA ARAGONESA EN TORNO AL CANFRANC, Zaragoza, 1972, que recoge los más notables testimonios periodísticos de esta obsesión regional.
17. Víctor Balaguer (Barcelona, 1824-Madrid, 1901) fue uno de los iniciadores de la *Renaixença* catalana y desde 1861 *mestre en gay saber*. En 1854 participó en la insurrección esparterista y a finales de ese año fundó en Barcelona el periódico LA CORONA DE ARAGÓN con ánimo de suscitar un espíritu de solidaridad regionalista en los antiguos dominios de la dinastía catalano-aragonesa. Su vinculación con Aragón fue bastante notable: en 1882 publicó la leyenda EL MONASTERIO DE PIEDRA y en 1895 fue mantenedor de los Juegos Florales de Calatayud (los discursos de aquéllos se recogieron en un libro de subido interés, EL REGIONALISMO Y LOS JUEGOS FLORALES, Barcelona, 1897). Cfr. la correspondiente voz, de mi autoría, en la GRAN ENCICLOPEDIA ARAGONESA, II, Zaragoza, 1980, pág. 367; la Biblioteca-Museo de Víctor Balaguer en Vilanova i la Geltrú (Barcelona) encierra abundante documentación de estas andanzas políticas que convendría revisar y estudiar.
18. Sobre Vicente de Arana, cfr. Jon Juaristi, EL LINAJE DE AITOR: LA INVENCION DE LA TRADICION VASCA, Madrid, 1987, págs. 180-191. En el libro ORO Y OROPEL (1876), publicó Arana sus traducciones de Tennyson y Longfellow.
19. Joaquín Gil Berges (Jasa, Huesca, 1834-Zaragoza, 1920) fue abogado y ministro de varias carteras en los gobiernos republicanos de Francisco Pi y Margall y Emilio Castelar. Desde 1878 hasta 1899 fue diputado republicano, casi ininterrumpidamente, por el distrito de Zaragoza y se distinguió por su activa y ponderada defensa del derecho civil aragonés. Cfr. su biografía en Fernando Castán Palomar, ARAGONESES CONTEMPORÁNEOS 1900-1934, Zaragoza, 1934, págs. 209-210.
20. JOAQUÍN COSTA Y EL DERECHO ARAGONÉS (LIBERTAD CIVIL, COSTUMBRE Y CODIFICACIÓN), Zaragoza, 1978, págs. 20-21.